

## ¿Un precedente del *serekh* faraónico en la paleta predinástica de la caza?

*J. Cervelló Autuori* – Universidad Autónoma de Barcelona, I.P.O.A.

[The predynastic Egyptian hunters palette shows the symbols of a double bull and a building shaped like the later *per-nu*. Is it possible to interpret this sequence as a precedent of the Pharaonic *serekhs*? Unlike later *serekhs*, which have a single falcon above them, the first known royal *serekhs* (Dynasty 0) show a double falcon. Both the bull and falcon are identified with the king in late Predynastic times. The building's shape is similar to the panelled sarcophagi depicted in funeral scenes of the Old Kingdom. These sarcophagi are a symbolic reproduction of the panelled mastaba-tombs which in turn evoke the royal palace, represented by the *serekh*.]

En un trabajo reciente, J. Baines escribe: “The hunters’ palette, which has no Horus name, has, offset near the top, a small reed building with a doomed roof and a motif of the fused forequarters of two bulls facing in opposite directions. In late predynastic iconography the bull is a primary royal symbol, and this pair figure is likely to represent the king or kingship. Similarly, the building, which is out of scale and context with the rest of the relief, is symbolic or emblematic and may signify the same as the enclosure element in the Horus name. Alternatively, it could be a shrine similar in form to the heraldic shrine of Lower Egypt known from later times. Whichever interpretation is correct, the group of building and double bull probably symbolizes royalty with a device that later disappeared” (fig. 1).<sup>1</sup> En 1990, Baines había escrito ya: “L’association de roi-taureau et palais –ou au moins d’édifice cérémoniel– semble être présente sur la palette prédynastique des Chasseurs; un groupe symbolique consistant en édifice et motif de taureau double représente probablement le roi”<sup>2</sup>.

Creemos que es posible ir más allá en el análisis del “grupo simbólico” constituido por el doble toro y la edificación ritual presente en la paleta de la caza. Recordemos, de entrada, que la paleta procede probablemente de la región de Abido y que por tipología puede fecharse en la primera mitad del Predinástico tardío (o Nagada III, entre 3300 y 3100 a.C.).<sup>3</sup> Que los dos emblemas en cuestión aluden

1. Baines, J., *Origins of Egyptian Kingship*, en: O’Connor, D. y Silverman, D.P., *Ancient Egyptian Kingship*, Leiden-New York-Köln, 1995, pp. 95-156; p. 112.

2. Baines, J., *Trône et dieu: aspects du symbolisme royal et divin des temps archaïques*, *BSFE* 118, 1990, pp. 5-37; p. 19.

3. Spencer, A.J., *Catalogue of Egyptian Antiquities in the British Museum, V: Early Dynastic Objects*, London, 1980, p. 79 y lám. 63. Cf., en general, Porter, B. y Moss, R.L.B., *Topographical Bibliography of Ancient Egyptian Hieroglyphic Texts, Reliefs and Paintings*, 7 vols., Oxford, 1927-1951 (2<sup>a</sup> ed.: Málek, J., desde 1960), vol. V, p. 104, con referencias; Vandier, J. *Manuel d’archéologie égyptienne*, vol. I, Paris, 1952, pp. 574-579; Tefnín, R., *Image et histoire. Réflexions sur l’usage documentaire de l’image égyptienne*, *CdE* LIV, 108, 1979, pp. 218-244 (pp. 221-229); Midant-Reynes, B., *Préhistoire de l’Égypte. Des premiers hommes aux premiers pharaons*, Paris, 1992, p. 224; Hendrickx, S., *Analytical Bibliography of the Prehistory and the Early Dynastic Period of Egypt and Northern Sudan*, Leuven, 1995, p. 300 (“Palettes and maces, decorated”).

a la realeza, y concretamente a la realeza tardopredinástica del Alto Egipto unificadora de las “Dos Tierras”, parece obvio, aunque sólo sea porque todas las paletas de la época (más los mangos de cuchillo, las cabezas de maza decoradas y demás “documentos de la unificación”) presentan una iconografía homogénea de temática cinegética o bélica, símbolo de la violencia institucionalizada que la realeza misma practica y que caracteriza la práctica estatal naciente.<sup>4</sup>

El Egipto predinástico comparte el motivo del toro doble con las culturas neolíticas del Sáhara. De hecho, forma parte del conjunto de motivos relacionados con el simbolismo cósmico dual, que se expresa también, por ejemplo, por medio de animales simétricamente enfrentados o de personajes humanos bicéfalos.<sup>5</sup> Como es sabido, los egipcios concibieron a su rey en términos duales: el faraón era *nebuiy*, los “Dos Señores” o *rejuy*, los “Dos Combatientes”, es decir, Horo-y-Set a la vez, el orden y el caos, porque representaba la síntesis, el equilibrio entre las dos fuerzas cósmicas en contraste, asegurando de este modo la armonía universal. En los *Textos de las Pirámides* se lee: “...porque [el rey] *Onos* puede detener el combate y mantener separados a los turbulentos”, en alusión a Horo y Set.<sup>6</sup> Estas nociones pueden rastrearse con claridad hasta mediados del Tardopredinástico, cuando aparecen los primeros *serejs* o nombres de Horo de los reyes de la Dinastía 0. En los más antiguos, en efecto, son dos los halcones perchados sobre el *serej* en alusión a la identificación divina del rey (fig. 2).<sup>7</sup> Ahora bien, los dos halcones representan al rey como Horo-y-Set, según se deduce de la documentación contemporánea (paleta lóbica) e inmediatamente posterior.<sup>8</sup> En todo caso, se refieren a la condición dual del rey, representada iconográficamente por dos animales predadores (que remiten a la violencia regia) simétricamente dispuestos.

En los “documentos de la unificación” el rey es representado bien en su forma humana (sólo en los más tardíos) bien en su aspecto de animal predador, fuerte y violento, es decir, como halcón, león, escorpión, o como toro salvaje que embiste enemigos y fortalezas. No hace falta recordar que la identificación del faraón con un “toro fuerte” (= *ka nejet*) y poderoso, así a nivel del protocolo real como de las concepciones de ultratumba, es una constante a lo largo de todo el desarrollo de la civilización egipcia.<sup>9</sup> Desde esta perspectiva, un doble halcón y un doble toro significan exactamente lo mismo: el rey dual representado por un animal poderoso tratado plásticamente de forma simétrica. El doble toro de la paleta de la caza podría ser interpretado, pues, como un precedente del doble halcón de los primeros *serejs* de la Dinastía 0.<sup>10</sup>

Por lo que a la edificación se refiere, una escena representada en la mastaba de la reina Meresanj III en Guiza nos da una indicación preciosa. Como señala Baines, que reproduce la escena, la modulación de los muros en entrantes y salientes que caracterizaría sin duda el palacio real arcaico acabó convirtiéndose en el motivo iconográfico, escultórico o escriturario, que hemos convenido en llamar “facha-

4. Cf., por ejemplo, Finkenstaedt, E., *Violence and Kingship: the Evidence of the Palettes*, ZÄS 111, 1984, pp. 107-110; Midant-Reynes, B., *Préhistoire....* cit., pp. 222-229; Cervelló Autuori, J., Azaiwo, Afyewo, Asoiwo. *Reflexiones sobre la realeza divina africana y los orígenes de la monarquía faraónica*, Aula Orientalis 11, 1993, pp. 5-72 (pp. 21-23, 31-32); Baines, J., *Origins....* cit., pp. 109-124.

5. Le Quellec, J.-L., *Symbolisme et art rupestre au Sahara*. París, 1993, cap. IX; Cervelló Autuori, J., *Egipto y África. Origen de la civilización y la monarquía faraónica en su contexto africano* (Aula Orientalis Supplementa, 13), Sabadell, 1996, § 125.

6. *Textos de las Pirámides*, 319a. Cf. sobre todo ello Frankfort, H., *Kingship and the Gods*, Chicago, 1948, pp. 19-22; Cervelló Autuori, J., Azaiwo..., cit., pp. 34-39.

7. Kaiser, W. y Dreyer, G., *Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof*, 2. Vorbericht, MDAIK 38, 1982, pp. 211-269 (pp. 262-265 y fig. 14, 1-5); Baines, J., *Origins....* cit., p. 123.

8. Cf. Cervelló Autuori, J., Azaiwo..., cit., pp. 36-37.

9. Cf. Frankfort, H., *Kingship....* cit., cap. 14; Cervelló Autuori, J., Azaiwo..., cit., nota 60.

10. El carácter dual del signo del doble toro se confirma por el hecho de que quedó incorporado a la escritura jeroglífica como determinativo (o ideograma) del sustantivo y verbo *jenes*, respectivamente “la doble puerta (del cielo)” y “cruzar/recorrer (una tierra, el cielo, el mundo de los muertos, de un lado al otro)” o “ir en dos direcciones”. Cf. *Textos de las Pirámides*, 416a; Wb. III, 299, 10, 13; 300, 6, 8; Faulkner, R.O., *A Concise Dictionary of Middle Egyptian*, Oxford, 1962, 193, 22.

da de palacio” y que pronto fue reproducido en los muros de las mastabas y de los llamados “palacios funerarios”, en las paredes de los sarcófagos, en los *serejs* y en las falsas puertas.<sup>11</sup> Pero no se trata de una simple trasposición de un motivo decorativo. La fachada de palacio se reproduce en todos esos monumentos porque todos ellos responden, en realidad, a lo mismo: el *serej* no es sino la representación en dos dimensiones del recinto y la “fachada” del palacio; la mastaba y el palacio funerario constituyen la morada ultraterrena del rey, y reproducen su palacio terrenal; el sarcófago no es sino una reducción de la mastaba; y la falsa puerta, la esquematización de uno de los entrantes de la moldura. Así pues, un sarcófago decorado con el motivo de la fachada de palacio equivale, de hecho, al palacio con sus muros de reentrantes. Ahora bien, en la citada escena de la tumba de Meresanj se representa a dos artesanos labrando precisamente un sarcófago de esas características (fig. 3).<sup>12</sup> Y ese sarcófago, visto de frente pero por uno de los lados laterales, recuerda muy de cerca la edificación figurada en la paleta de la caza. Si sarcófago y palacio son lo mismo, ¿no representará este signo aquí el “palacio real”? Y si ello es así, ¿no estaremos entonces ante la misma estructura ‘rey dual (= animal poderoso doble) + palacio’ que caracteriza los primeros *serejs*, según queda dicho? ¿No constituirán, pues, los dos emblemas de la paleta de la caza un precedente de esos primeros *serejs*?

Lo más probable, en cualquier caso, es que la edificación representada en la paleta de la caza sea todavía una construcción en materiales vegetales perecederos (cañas, esteras) y tapial.<sup>13</sup> La casa del rey, el palacio, respondería aún en esta época al patrón de casa común tal como nos lo muestra un modelo en arcilla de casa guerzeense (fig. 4).<sup>14</sup> Estas casas son de planta rectangular, cubierta abovedada, las paredes largas algo oblicuas y las cortas de forma trapezoidal y una de ellas con la puerta de entrada. Esto último es lo que distingue precisamente la representación de la paleta de la caza de la del sarcófago de la tumba de Meresanj. Pero la puerta no es, como sabemos, incompatible con los reentrantes, sino todo lo contrario (cf. las puertas, verdaderas o “falsas”, intercaladas en los muros de reentrantes, como en el recinto de Dyesert en Saqqara, así como las mismas estelas de “falsa puerta”). Tal vez, pues, nuestra “casa del rey” de la paleta de la caza presentara ya, a diferencia de las “casas comunes”, la moldura de reentrantes en sus paredes, posiblemente inspirada en los contrafuertes de las primeras fortificaciones que aparecerían en este período, paralelamente a la formación de la misma realeza y del estado altoegipcio, estrechamente asociada, como queda dicho, a la militarización de la sociedad y a la aparición de la violencia institucionalizada. En esto habría consistido, pues, el primer “palacio real” egipcio: en una casa común, probablemente algo destacada por tamaño y posición del resto de las viviendas de la aldea en que se hallara –como sucede en muchas “realezas divinas africanas”–, decorada externamente con el motivo de los reentrantes. El carácter regio y sagrado de la edificación de la paleta de la caza, por lo demás, no admite dudas: el mismo símbolo vuelve a aparecer, en efecto, en dos escenas de ceremonial regio representadas respectivamente en el mango de cuchillo del Metropolitan de New York y en la cabeza de maza del rey Escorpión (figs. 5 y 6), documentos claramente vinculados a la realeza predinástica altoegipcia.<sup>15</sup>

11. Cf., con una interpretación en parte distinta de la nuestra, Frankfort, H., *The Origin of Monumental Architecture in Egypt*, *AJSI* 58, 1941, pp. 329-358. Cf. asimismo Baines, J., *Trône...*, cit., pp. 14-15 y fig. 5.

12. Dunham, D. y Simpson, W.K., *The Mastaba of Queen Meryankh III*, G. 7530-7540, Boston, 1974, fig. 5.

13. Porta, G., *L'architettura egizia delle origini in legno e materiali leggeri*, Milano, 1989, pp. 70-72 y referencias.

14. Hoffman, M.A., *Egypt before the Pharaohs*, London, 1984, pp. 147-148; Badawy, A., *A History of Egyptian Architecture I*, London, 1990, pp. 22-23; Midant-Reynes, B., *Préhistoire...*, cit., pp. 190-192; Spencer, A.J., *Early Egypt. The Rise of Civilisation in the Nile Valley*, London, 1993, pp. 34, 36.

15. Algunos autores, como A. Badawy (*A History...*, cit., pp. 23-24), proponen reconstruir el alzado de estas figuraciones de edificaciones más bien como chozas de planta circular y cúpula, con cuatro postes de armazón. Cf. la discusión en Porta, G., *L'architettura...*, cit., pp. 71-72. Nuestra hipótesis se basa, obviamente, en el modelo alternativo y más aceptado, que se refiere a construcciones de planta rectangular y bóveda. Por otra parte, el *per mu* (cf. infra), que tiene esta última forma, no puede no tener relación con las representaciones que nos ocupan, a juzgar por su estrecha semejanza.

Los reentrantes en una construcción en materiales de origen vegetal, barro y tapial no son, por lo demás, ninguna rareza: podríamos decir que son característica de “sustrato pan-africano”, como quiera que han sido históricamente y son aún hoy muy comunes en la arquitectura doméstica y monumental del Sudán occidental.<sup>16</sup> Tampoco hay que olvidar que, como es bien sabido, los egipcios fueron muy conservadores en sus formas arquitectónicas, y que, tras la aparición de la arquitectura en adobe o en piedra, siguieron imitando siempre los motivos vegetales originarios: los reentrantes no tienen por qué no haber participado de esta dinámica.

A partir de esta estructura originaria de “palacio real” habrían surgido otras dos. Ya en tiempos de la Dinastía 0, el palacio real habría consistido en esa misma estructura pero en adobe, probablemente de mayor tamaño y forma más compleja (no en vano el emblema de la paleta de la caza se parece tanto al sarcófago de la tumba de Meresanj). Y esto es lo que se representaría en los primeros *serejs* propiamente dichos, que remiten a una edificación de planta rectangular y paredes de reentrantes, y suponen la introducción, de hecho, de un motivo figurativo nuevo.<sup>17</sup> Pero la misma estructura originaria en materiales perecederos se habría conservado intacta a lo largo de toda la historia faraónica en el llamado *per nu* o *per neser*, una pequeña edificación móvil e improvisable,<sup>18</sup> presente siempre en los festivales de la realeza como capilla que albergaba las insignias de los dioses tutelares del Bajo Egipto y de los ancestros del rey en tanto que señor de esta parte del reino, es decir, como “palacio” de los antepasados muertos del rey del Bajo Egipto.<sup>19</sup> El *per nu* se representó y se determinó siempre en la escritura con una figuración o signo derivados de la representación de la edificación predinástica. “Palacio real” y *per nu* cumplían, pues, funciones paralelas en relación, respectivamente, con los reyes vivos y los reyes muertos; no es de extrañar, por tanto, su origen común. Tampoco tiene nada de extraño que un elemento simbólico originario del Alto Egipto acabara convirtiéndose en época histórica en un símbolo del Bajo Egipto: una vez completada la unificación de las “Dos Tierras”, los reyes de la Dinastía I habrían “redistribuido” los elementos simbólicos de que disponían en función de la nueva concepción dual de su monarquía y de su reino. Lo mismo sucedió, por ejemplo, con la corona roja, que, documentada ya desde época amracciense en el Sur, acabó convirtiéndose en la diadema del faraón en tanto que rey del Norte. La nueva realeza dual proyectó el simbolismo con el que contaba (más algunos elementos de nueva creación) al territorio que ahora dominaba y que interpretaba como “doble”.<sup>20</sup> Así, paralelamente a la capilla del Norte existió una capilla del Sur, también de origen predinástico altoegipcio y en materiales perecederos: el *per ur*.<sup>21</sup> En la doctrina escatológica de los *Textos*

16. Cf. Domian, S., *Architecture soudanaise*. Paris, 1989. Sobre el “sustrato pan-africano” cf. Cervelló Autuori, J., *Egipto y África...*, cit., cap. II y referencias.

17. Este motivo figurativo tiene su precedente directo en ciertas representaciones de reentrantes procedentes de la tumba U-j del cementerio U de Abido, donde fueron enterrados los reyes altoegipcios inmediatamente anteriores a la Dinastía 0. Esta tumba está fechada en Nagada IIIa2, entre ca. 3250 y 3200 a.C. (cronología alta). Cf. Dreyer, G. et al., *Umm el-Qaab. Nachuntersuchungen im frühzeitlichen Königsfriedhof*, 5./6. Vorbericht, *MDAIK* 49, 1993, pp. 23-62 (fig. 7j); Baines, J., *Origins...*, cit., pp. 107, 121. Si se tiene en cuenta que la paleta de la caza tiene una cronología semejante o muy poco anterior a la de la tumba U-j, está claro que la experimentación simbólico-iconográfica que condujo al *serej* se produjo en un lapso de tiempo muy breve. De hecho, los primeros *serejs* con doble halcón y los emblemas de la paleta de la caza podrían también interpretarse como dos formas alternativas más o menos contemporáneas de expresar lo mismo, una con continuidad y otra sin ella.

18. Porta, G., *L'architettura...*, cit., pp. 68-79.

19. Frankfort, H., *Kingship...*, cit., pp. 20-21, 80, 88, 95-97, 113-116.

20. Frankfort, H., *Kingship...*, cit., pp. 18-23; Cervelló Autuori, J., *Azaiwo...*, cit., p. 25; Id., *Egipto y África...*, cit., §§ 121, 155-156, 380-381 y referencias.

21. Ya algunos autores como K. Sethe (*Urgeschichte und älteste Religion der Ägypter*, Leipzig, 1930, p. 130 nota 2) y J.-Ph. Lauer (*Études complémentaires sur les monuments du roi Zoser à Saqqarah*, *Supplements ASAE* 9, 1948, pp. 1-64; pp. 7-10), entre otros, habían sostenido que el *per ur* y el *per nu* habían sido en época predinástica “palacios” reales. Sin embargo, en su modelo interpretativo de la historia del Egipto predinástico basado en la existencia de dos reinos previos a la unificación, uno en el Alto Egipto y otro en el Bajo Egipto (modelo hoy completamente descartado; cf. Cervelló Autuori, J., *Egipto y África...*, cit., § 155-156 y referencias; Egipto: Id., Dinastía 0, *Revista de Arqueología* 183, 1996, pp. 6-15), atribuyeron a esas edificaciones respectivamente un origen altoegipcio y bajoegipcio y las consideraron los palacios predinásticos de los reyes del Norte y del Sur. Como en toda su interpretación, proyectaban al panorama histórico anterior a la I Dinastía una concepción mítica o una realidad simbólica de los tiempos dinásticos.

de las Pirámides, las dos capillas (*iterty*) aparecen como la demora del rey difunto en su más allá celeste: “Él [=Re] coge tu mano [=del rey difunto] en beneficio tuyo, te conduce a las Dos Capillas del Cielo y te coloca sobre el trono de Osiris”.<sup>22</sup> Aquí las capillas se presentan como el “palacio” de ultratumba del rey.

En un segundo momento, ya a comienzos de la I Dinastía (reinado de Aha), los reentrantes pasaron también al ámbito funerario regio, y, si las mastabas de Abido siguieron muy probablemente –apenas nos han quedado vestigios de sus superestructuras– con sus muros lisos por continuar una tradición ancestral inspirada en las viejas viviendas de paredes lisas, los llamados “palacios funerarios”, también de Abido y asociados a aquéllas, y las mastabas reales de Saqqara, originados todos en este momento, introdujeron ya los reentrantes, a imitación de la estructura del palacio real de esos tiempos. El modelo se perpetuaría hasta los recintos funerarios de la III Dinastía en Saqqara (Dyesert, Sejemjet). Paralelamente, los reentrantes, en principio exclusivamente regios, se extendieron también a la élite cortesana (*pat*), y de ahí su presencia en las mastabas y sarcófagos de los nobles y altos funcionarios de las primeras dinastías. Por último, se produjo la generalización de las estelas “falsa puerta”, última derivación de los reentrantes en su aspecto funerario y resurreccional.<sup>23</sup>

Volviendo a los emblemas de la paleta de la caza, cabe plantear una última cuestión: ¿se trata ya de signos de escritura? Algunos autores han hecho una lectura exclusivamente simbólica de la secuencia, mientras que otros han respondido afirmativamente a esa pregunta, pero interpretando los dos signos a la luz de sus valores en tiempos históricos muy posteriores (que llegan incluso a la Baja Época). Para los primeros, la paleta de la caza forma parte de los documentos anepigráficos de comienzos del Predinástico tardío; para los segundos, constituye una de las primeras muestras de presencia de signos jeroglíficos en las paletas de esa época.<sup>24</sup> Que los dos emblemas constituyen una secuencia está fuera de duda, no sólo por la disposición del uno respecto del otro (juntos y seguidos), sino también por la de ambos en relación con el resto de la iconografía de la paleta (lugar aparte, bien diferenciado; orientación distinta). Si nuestra lectura en tanto que precedente del *serej* faraónico fuera correcta, podríamos considerar que estamos en presencia de una secuencia escrituraria (como lo es el *serej*) o, cuando menos, transicional entre lo simbólico y lo ideográfico.<sup>25</sup>

22. *Textos de las Pirámides*, 757b. Cf. también los pasos 1345b, 1862b, 1992a-b, 2172b. La palabra *itert(y)* aparece aquí determinada con los signos del *per ur* y el *per nu*, siempre por este orden.

23. Baines, J., *Origins...*, cit., pp. 122, 137; Trône..., cit., pp. 15-17.

24. Cf. Vandier, J., *Manuel...*, cit., pp. 572-573, 577-579; Porta, G., *L'architettura...*, cit., pp. 70-72 y referencias.

25. Sobre la diferencia entre lo meramente simbólico o iconográfico y lo escriturario, y sobre la distinción entre ambos estadios cf. Vernus, P., *La naissance de l'écriture dans l'Égypte ancienne*, *Archéo-Nil* 3, 1993, pp. 75-108.

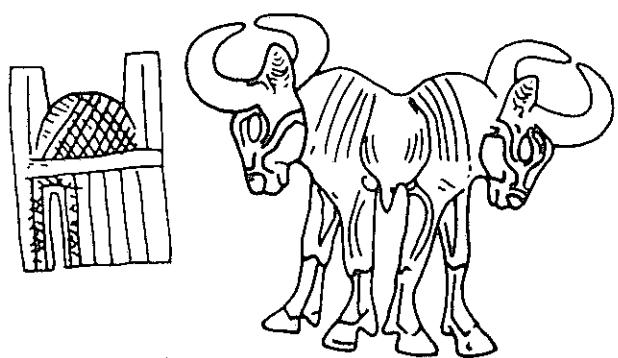


Fig. 1

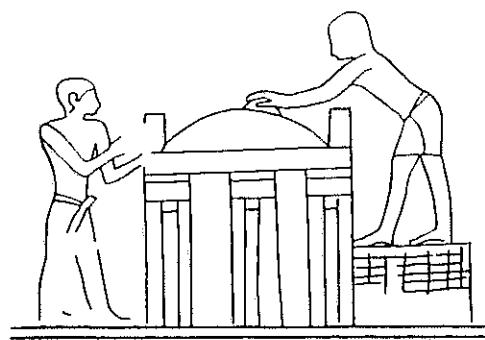


Fig. 3

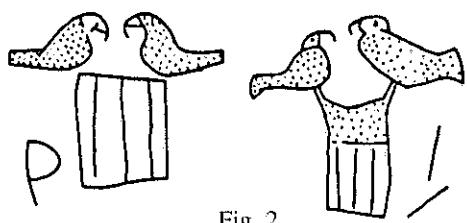


Fig. 2

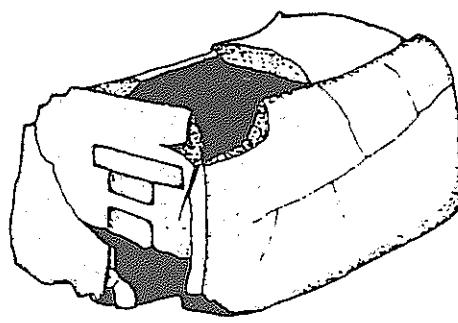


Fig. 4

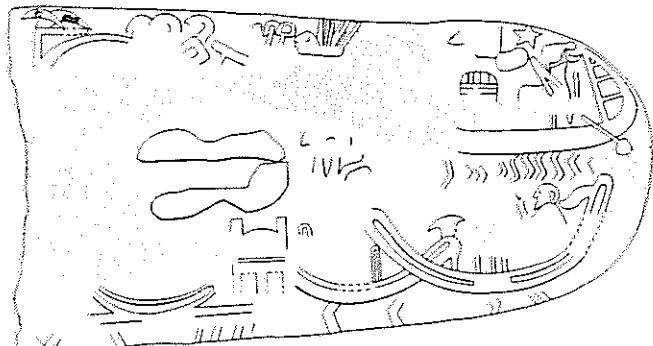


Fig. 5

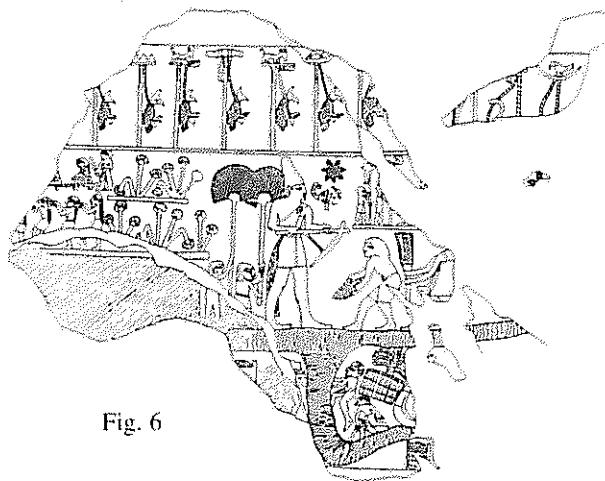


Fig. 6



Paleta de la cara (fragmento del Museo Británico).